

Perdurabilidad de un legado

EL próximo martes 18 de septiembre se cumplirá el primer aniversario de la partida de Miguel Kast.

EL transcurso de este año permite constatar, ya con suficiente decantamiento, la real envergadura del legado que Miguel dejara con una vida cuya acentuada intensidad acaso provenía de la subconsciente intuición de que ella sería breve.

Miguel Kast fue un destacado, eficiente e incansable servidor público. Desde sus actuaciones juveniles como dirigente del gremialismo estudiantil en la Universidad Católica, hasta sus múltiples destinos dentro del gobierno militar que en 1973 liberara a Chile del comunismo, sus tareas se multiplicaron. Pero lo fundamental es que hoy ya nadie podrá dudar que ellas constituían apenas el instrumento de un ideal aún mucho más elevado, que les inspiraba y conferiría su verdadero sentido y proyección.

Por eso, más allá de los errores que como todo ser humano haya podido cometer en sus variadas funciones, la figura de Miguel sigue movilizándolo voluntades con la fuerza de un testimonio vital que no permite excusas egoístas ni cómodas neutralidades.

LO guiaban dos grandes convicciones en su intenso amor a Chile. Por una parte, que nuestro destino como país está ligado a que seamos capaces de construir una sociedad integralmente libre. Y por otro lado, que una acción política chilena sólo se justifica si coloca en el eje de sus inquietudes la erradicación de la extrema pobreza.

De ahí que combatiera con denuedo al marxismo y al estatismo como las grandes amenazas para nuestra libertad política, económica y social. Y de ahí también que siempre denunciara la demagogia populista como el gran engaño con que se declama servir a los pobres, pero en realidad se favorece a los grupos sectoriales con mayor poder de presión, en claro perjuicio y sempiterno menoscabo de los sectores que efectivamente sufren la extrema pobreza, uno de cuyos caracteres consiste en no tener voz organizada para presionar con eficacia.

“En su larga y dolorosa enfermedad, Miguel Kast nos enseñó que no se conquista el cielo sin aceptar con alegría, por amor a Dios, el dolor con que El quiera purificarnos...”



EN torno a ese gran ideal, Miguel Kast conquistó innumerables voluntades jóvenes que se entregaron con singular abnegación y desprendimiento al servicio de Chile. Cuando ellos sufren hoy el ataque apasionado y resentido de quienes necesitan vaciar su simplismo o su ramplonería disparando sobre un blanco que parece fácil —a lo que se agrega el calculado silencio oportunista de muchos que debieran procurar al respecto un juicio equilibrado— creo que resulta especialmente imperioso penetrar en el sentido más hondo del mensaje de Miguel.

En su largo y doloroso final, Miguel me recordó, con rasgos de santidad sublime, que el servicio público —al menos para un cristiano— sólo adquiere su verdadero sentido como una forma de noble y genuino apostolado. Nos enseñó que no se conquista el cielo sin aceptar con alegría —por amor a Dios— el sufrimiento espiritual y físico con que El quiera purificarnos.

Pienso que al sentir aproximarse la muerte, Miguel habrá podido exclamar con San Pablo: “He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás, ya me está preparada la corona de la justicia, que me otorgará aquel día el Señor, justo juez, y no sólo a mí sino a todos los que aman su manifestación” (2, Tim. 4, 7-8).

ENTRETANTO, nunca me pareció más tangible aquel hermoso texto del Libro de la Sabiduría que nos previene así:

“El justo, aunque muera joven, encontrará la paz. La ancianidad venerable no es la de muchos días ni se mide por años. La verdadera madurez para el hombre es la prudencia, y la edad responsable, una vida inmaculada. Halló gracia delante de Dios y Dios lo amó y como vivía entre pecadores, se le llevó... Alcanzando en breve tiempo la perfección, fue como si tuviese largos años. Su alma era del agrado del Señor, por eso se apresuró a sacarla de entre la maldad”. (Sb.4, 7-10 y 13-14).